El corazón de la esfinge, de Angela Graupera.—107. *Nuestra Señora del Paralelo*, de Federica Mantseny.—108. *El amor que queda*, de V. Márquez Sicilia.—109. *De maestro a guerrillero*, de Adrián del Valle.—110. *Los hijos del otro*, de Regina Opisso.—111. *El hombre adúltero*, de Federico Urales.—112. *¡No, no, eso no!*, de A. Fernández Escobés.—113. *La pequeña hechicera*, de Angela Graupera.—114. *Un Abel más malo que Caín*, de Aurelio G. Rendón.—115. *El derecho al hijo*, de Federica Montseny.—116. *Los carrilanos*, de F. Barthe.—117. *Pedro el «Justiciero»*, de Regina Opisso.—118. *La mujer caída*, de Federico Urales.—119. *Una aventura original*, de Lorenzo Regalado y García.—120. *Los caminos del mudo*, de Federica Montseny.—121. *Micaela*, de Diego Ramón.—122. *Historia de la Cisca*, de A. Fernández Escobés.—123. *El retorno a la tierra*, de Angela Graupera.—124. *La moza alegre*, de Federico Urales.—125. *Mi honor, ¡no importa!*, de Regina Opisso.—126. *Contrabando*, de Adrián del Valle.—127. *Hacia otra vida*, de Mauro Bajatierra.—128. *La hija de las estrellas*, de Federica Montseny.—129. *Escenas del vivir*, de J. Ramos Concepción.—130. *Espinas y flores*, de Andrés Ramos Alvarado.—131. *El médico galante*, de Federico Urales.—132. *Destellos de luz*, de V. Márquez Sicilia.—133. *La tentación*, de Angela Graupera.—134. *Juan el tonto*, de Diego Ramón.—135. *Un delincuente accidental*, de Pedro G. Carrillo.— 136. *Frente al amor*, de Federica Montseny.—137. *La tragedia de Leonora*, de Regina Opisso.—138. *Lluvia de flores*, de Federico Urales.—139. *El origen de una fortuna*, de Román Cortés.—140. *La alegría del barrio*, de Mauro Bajatierra.—141. *La farsa torpe*, de A. Fernández Escobés.—142. *Como las abejas*, de Angela Graupera.—143. *Las aventuras de Cándido Llano*, de J. Orpi Borrás.—144. *La sembradora*, de Federico Urales.—145. *El resurgir de un pueblo*, de Alejandro J. Ullá Rodríguez.—146. *La víctima*, de Regina Opisso.—147. *La vengadora*, de Federico Urales.—148. *La elección*, de Valentín Obac.—149. *La nobleza y los pergaminos*, de A. Fernández Escobés.—150. *Los amores de Marisol*, de Federico Urales.—151. *En las garras del hombre*, de Angela Graupera.—152. *Novias con y sin hijos*, de Federico Urales.—153. *Fuera de la ley*, de Mauro Bajatierra.—154. *En un lugar de Andalucía*, de Diego Ramón.—155. *Paloma herida*, de Federico Urales.—156. *Esclavitud*, de Elías García.—157. *Cero*, de Adrián del Valle.—158. *Flores simbólicas*, de V. Márquez Sicilia.—159. *La paloma levanta el vuelo*, de Fede-

LA NOVELA IDEAL

Número 218

PQ
6159.9
N1345
S641
1930

María Solá

LYDIA

Revisado por la
previa censura

PUBLICACIONES DE LA REVISTA BLANCA
ADMINISTRACIÓN:
Calle Guinardó, 37. Barcelona

Se sirven colecciones completas encuadernadas y en números sueltos

Precio de subscripción: Un semestre, 3'50 ptas.

* * *

No se devuelven los originales que no se publiquen

* * *

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

LA RISA DE LAS FLORES

DE FEDERICO URALES

MI VIDA

DE FEDERICO URALES

Hase publicado el segundo tomo de esta hermosa obra, en la que están todos los entusiasmos, todos los arranques, todos los amores y todas las aventuras, que no son pocas, del autor.
Doscientas cincuenta páginas, con los retratos en papel mate de los condenados en Montjuich.
2'50 pesetas.

I

Las campanadas horarias de la Catedral la hicieron volver a la realidad como si despertara de un letargo; sin embargo, ella no sospechaba que aquellas ocho vibraciones, que escuchó estremecida, venían a marcar una nueva etapa en su existencia, una hora trascendental en el reloj de su vida. Estrechando el retrato de Enrique contra su corazón, permaneció por algún tiempo abismada en un mar de dulces recuerdos, pero aquel tañido metálico le recordó que aquella era la hora de la cita... ¡ay! de su última cita con Enrique.

La revelación del día anterior la había dejado anonadada. Enrique, en quien ella venía observando una extraña nerviosidad que era resultado de disgustos domésticos, no pudo ocultarle por más tiempo que no era Enrique Pérez, como le tenía dicho, sino nada menos que el hijo de los marqueses de Fuensanta y que, desde luego, por inquebrantable voluntad de sus padres, daba por terminados toda clase de trato y relaciones con Margarita, la costurera de ropa blanca.

Las eternas castas sociales rompían de un rudo golpe las más caras ilusiones y la alegría del vivir en el noble corazón de una mujer enamorada.

Si el día anterior había tenido lugar el definitivo rompimiento, ¿por qué habían de verse de nuevo? Sencillamente: para devolverse las chucherías que se dan los novios: cabellos, retratos y algunos pensamientos secos, que Margarita había guardado como reliquias entre las hojas de un libro. —Se lo devolveré todo, no quiero nada suyo; engañarme de esta manera. ¡Canalla!—murmuraba indignadísima.

Tras una larga espera vió venir a Enrique con ademanes descompuestos y presa de nerviosidad extrema; había

ocurrido algo insólito: había roto con sus padres, no le importaba que lo desheredasen, que renegasen de él, por ella; marcharía a América, lucharía como luchan otros, vencería como vencen otros, y cuando hubiese alcanzado una regular posición, fundarían el nido de su felicidad, ganado noblemente en ruda batalla por la vida.

El rasgo era sencillamente magnífico, épico, pero y... ¿la constancia? ¿Será perseverante hasta el fin aunque en medio de nosotros se interponga la inmensidad del Océano?, se preguntaba la triste joven.

De no retenerla aquí sagrados deberes, hubiera propuesto a Enrique casarse antes y marchar juntos, para animarlo y alentarlo, para compartir con él alegrías y penas, fracasos o triunfos.

Inmediatamente abandonó Enrique la casa paterna, instalándose en una casa de huéspedes, y pasaba la mayor parte del tiempo al lado de Margarita, la cual se ocupaba activamente en confeccionar las ropas del equipaje, y en muchas ocasiones no podía contenerse y lloraba a lágrima viva.

—No me desalientes, mujer; no seas pesimista. Tú ya sabes que tengo allí quien me protegerá y ya le he escrito anunciándole mi llegada. Es el dueño de un importante bazar de Buenos Aires y, o me colocará en su casa, o me buscará alguna colocación lucrativa a fin de que pueda realizar cuanto antes nuestro sueño. Este ha hecho su fortuna allí y me enseñará los caminos para conseguir el éxito, y me debe guardar miramientos, pues él y su hermano mayor han vivido, durante muchos años, del pan que su hermano ganaba en mi casa como profesor mío.

Llegó por fin el doloroso día de la partida. Tras inacabables abrazos, Enrique subió al buque, mientras Margarita, tambaleándose de dolor, exclamaba tendiendo hacia él los brazos:

—Contigo se va mi corazón, mi alma entera, séme fiel...

—¡Te lo juro!... y antes perderé la vida que dejar de cumplir lo que he jurado.

Cuando la nave rompía el límpido azul del mar, cuando los que quedaban y los que marchaban agitaban como bandadas de palomas blancas innumerables pañuelos, Margarita murmuraba entre raudales de llanto y destellos de esperanza:

—Este amor es mi vida, pues sin él no concibo mi existencia. Quiera la suerte acompañarlo siempre y que este adiós que nos damos no sea el definitivo.

II

En una alegre mañana del mes de julio, Margarita subía sonriente y ligera como un pajarito, los escalones que conducían al cuarto piso donde habitaba, ansiosa de leer y releer y besar locamente una y mil veces, la primera carta de amor que hacía dos días había recibido de América. Al pasar por delante del piso principal, donde había una casa de huéspedes, se abrió la puerta y salió un caballero elegantemente vestido.

—Buenos días, vecinita. ¿Se llama usted Ruiseñora, por un casual?

—Me llamo Margarita.

—Naturalmente que, siendo tan bonita, ha de tener nombre de flor; pero yo lo decía por lo bien que canta usted acompañándose de la máquina de coser... no se ría... ¡Vamos! y que no tiene usted gracejo ni donaire... Si supiera el buen partido que se podría sacar de sus dotes naturales dedicándose al teatro.

Margarita se puso seria, como herida en lo más íntimo de su dignidad.

—Yo artista, ¡jamás!, primero me moriría de hambre.

El caballero se echó a reir bondadosamente.

—¿Cree usted, tontuela, que el dedicarse a la vida del teatro entraña el tener que renunciar forzosamente a los principios de sana moral de los que según parece está usted embebida? Este es el eterno error del vulgo...

Margarita no quiso oir más y echó desdeñosamente escaleras arriba, tarareando una canción para que se convenciera de que no le escuchaba.

Desde entonces pasaba siempre por delante del piso principal como alma que lleva el diablo. Lo cual había hecho exclamar al caballero en diferentes ocasiones:

—¿Es que soy algún ogro que le causo espanto? No corra, chiquilla, que se va a caer. Yo no le hablé con

mala intención. Todo se lo dije en bien de usted y de estos pobres angelitos que usted sacrifica a la miseria.

Efectivamente, Margarita no vivía sola. Al morir sus padres habían quedado huérfanos ella y dos hermanitos pequeños que le llevaban una gran diferencia de edad, y con sanas abnegaciones de madre y sublimes heroísmos de mártir, como tantas heroínas anónimas, pedaleaba sin cesar la máquina de coser, privándose del descanso necesario y hasta de los alimentos más nutritivos a fin de que no careciesen de ellos sus hermanitos, y cantaba... cantaba... sin cesar, porque quien canta su mal espanta... Esto no duraría siempre, hasta que viniera su Enrique, el cual había jurado querer a los dos niños como un padre.

Una sombra de pesimismo la invadía a veces: ¿Qué hacía y qué haría Enrique en América? Nacido en dorada cuna, rodeado de comodidades, no estaba acostumbrado a luchar para ganarse el sustento. Pero... ¡bah!, no quería pensar en eso, otros casos se han dado; ¡sí!, él lucharía como ella, pero con más fortuna. Y el retrato del ídolo lo tenía junto a la máquina de coser, y cuando se encontraba rendida de cansancio o la invadía el desaliento, comiéndoselo a besos, encontraba raudales de nuevas energías para sus trabajos; a él seguramente le ocurriría lo mismo y era feliz... muy feliz en medio de todas sus fatigas.

III

Pasaban los días, pasaban los meses y la segunda carta de amor no llegaba a manos de Margarita. La fe ciega que había puesto en él le impedía creer en una traición, en un perjurio. Enrique estaría enfermo, no podría escribir, y al no poderle arrancar a fuerza de cartas y costosos cablegramas, ninguna contestación, hasta llegó a creer en su muerte.

—¡Pobre mártir del amor!—pensaba ella—; habrá sucumbido en la lucha que se ha impuesto, para la conquista de nuestra felicidad.

Y de sus ojos caían sobre el retrato del amado las lágrimas del desconsuelo.

Un día la mano del cartero, posándose sobre el llamador de la portería, dió hasta cuatro golpes, diciendo:

—¡Margarita Boada!—Un grito de ¡Aleluya! exhaló el alma de la infeliz, ella no podía recibir carta sino de Enrique y, volando, bajó a buscar aquel papel que encerraba la felicidad... o, tal vez, la desgracia para su pobre corazón.

Al abrir el sobre quedó helada al ver la poca extensión de la carta: unas cuantas líneas nada más. ¿Esto es todo lo que le inspiraba el amor?... Entre la primera y segunda carta mediaba un abismo: la primera estaba redactada al calor de la ilusión, la segunda arrancada a la fuerza en un lapso de tiempo en que Margarita hubiera podido recibir dos o tres más; aunque, por una reminiscencia de vergüenza, no contenía el despido, sin embargo, no podía tomarse por otra cosa; quedóse la joven como quien ve visiones, vió desplomarse del pedestal de sus más caras ilusiones al ídolo a quien ofrecía el dulce incienso de su amor puro y leal, y al desplomarse se hacía añicos en el corazón de la joven, su fe en los hombres, la ilusión de la vida y todo el mundo de ideales y de ensueños que anidan en el corazón de la mujer.

Otro drama a la par contribuía a amargar su vida: las necesidades cada día mayores de los niños a las que, a duras penas, podía atender, drama que llegaba a su punto culminante cuando tenía alguno enfermo. Al recibir la carta de Enrique se encontraba en uno de estos trances y, aunque afortunadamente había pasado el peligro, el médico había recetado un reconstituyente carísimo para el menor de los niños. La ira y el dolor se revolvían convirtiendo en un caos el alma de Margarita, y también la atormentaba el remordimiento: el dinero que había gastado en cartas y cablegramas le hacía muchísima falta, lo había robado de la salud de sus inocentes niños para un ingrato. Aquel día, rendida por las emociones, no podía trabajar, aunque quisiera; al día siguiente iría al almacén de confecciones a buscar trabajo.

Cuando estaba pensando todo esto, se oyeron majestuosas, vibrantes y solemnes, las campanadas horarias de la Catedral: dieron las ocho de la noche; Margarita las contó maquinalmente y el escalofrío de un recuerdo estremeció todo su ser. También en otro momento doloroso de su vida las contara maquinalmente y también dieron las ocho; parecía una hora maléfica, venía a remarcar

siempre el momento de su mayor dolor, venía a ser la trompeta de la fatalidad... o, tal vez... y entonces irradió una luz en su cerebro... tal vez lo contrario...

Sí, sí, estaba decidida por ellos. Ella tenía el derecho de morirse de hambre, de ser una candidata a la tuberculosis si le parecía bien, pero ellos no; debía procurarles el pan nuestro de cada día en abundancia, para sus cuerpecitos, el pan de la instrucción para sus inteligencias. Ella había jurado, al morir su madre, ser una madre para los pequeños, y ¿realmente lo era? ¡Oh! no; pues podía atenderlos mejor y no lo hacía... y en un arranque bajó a llamar a la puerta del piso principal.

IV

El camino de la gloria está sembrado de espinas. Margarita, convertida en autómata de su destino, cual hoja que arrastra el viento en huracanados remolinos hacia lo desconocido, entró en la lucha por el arte y por la gloria. Desplegando pronto sus grandes energías de mujer acostumbrada al rudo batallar por la vida y tras herirla todas las zarzas del camino y tras probar las hieles de todas las amarguras, con voluntad... llegó, y como artista de varietés alcanzó gloria y fortuna con el nombre de Lydia.

Ante la sonrisa de la estrella se inclinaban frentes principescas, en sus dedos brillaba refulgente pedrería y rodeaban el alabastro de su garganta, collares de perlas que las reinas envidiarían; ante su persona ataviada siempre con la elegancia más exquisita, saturada del embriagador perfume de las esencias más costosas, caían como humildes esclavos, toda la aristocracia de la sangre, de la inteligencia y del comercio, haciéndole don de las más ricas ofrendas como a un ídolo. Codiciada y adorada, era la artista de moda, la que paseaba su arte triunfal por todos los escenarios, la que era ovacionada por todas las muchedumbres.

Pero el alma de Lydia, ahita de gloria, colmado su orgullo de mujer, como nuevo Diógenes, algo buscaba muy difícil de hallar, algo que era todo su anhelo y no encontraba entre el enjambre de sus innumerables admiradores: un cariño verdadero. Al perjuro de Enrique lo había borrado por completo de su corazón. Muerto aquel cariño, la sed de gloria había sido su anhelo durante algunos años; alcanzada ésta, su corazón de mujer volvió a hallarse en el vacío... en el vacío, sí, a pesar de todos los galanteos, a pesar de todas las aclamaciones, a pesar de todas las riquezas... Su sed de amar no se hallaba saciada y soñaba con la dulce posesión de un amor puro y noble... que no la codiciara como artista famosa... que la amara como mujer...

En la noche de uno de sus beneficios, las canastillas de flores más preciosas habían convertido el elegante camerino de Lydia en un verdadero edén. A la puerta del teatro, automóviles de magnates esperaban, disputándose el honor de llevarse a la estrella. Lydia, fingiendo una jaqueca, logró que desapareciera de su camerino aquel enjambre de moscardones de relucientes pecheras y pulcros *smokings*. Al hallarse sola respiró con libertad y miró desdeñosamente aquellas canastillas de flores, en algunas de las cuales había sin duda alguna joya, y sus ojos se detuvieron ante un *bouquet* modesto en comparación con los demás, se acercó a él y vió entre las flores una tarjeta:

GUSTAVO FERRER

Valldoncella, 11, 1.º, 2.ª *Barcelona*

No lo conocía; de pronto, una idea la hizo reir:

—¡Qué cosas tiene el mundo! ¡Cómo podría pensar el humilde que su modesta ofrenda, pobre violenta que eclipsan la soberbia de las demás, es la única que me ha llamado la atención!

Al día siguiente la doncella traía, de parte de su señora, un perfumadísimo billete a casa de Gustavo, invitándole a que pasara por su domicilio para darle las gracias personalmente por su delicado obsequio.

Lydia ignoraba que cuando sus labios desgranaban cual perlas las notas de sus couplets y cuando su cuerpo se movía con donaire sin igual al compás de todas las danzas, unos ojos negros, muy negros, como dos abismos de misterio y de dulzura, ojos como los cantados en las an-

tiguas leyendas moras, se la estaban comiendo, irradiando sus pupilas chispas de aquella llama, que consumía su corazón, que marchitaba su juventud en un amor intenso, casi infinito, pero que... ¡ay! nunca dejaría de ser platónico. Lydia era como la diosa Juno, formada por resplandecientes rayos de sol, que pasaba en áureo carro, tirado por soberbios pavos reales, completamente inaccesible para un humilde obrero... pero la diosa Juno le escribió una carta y le dió una cita.

Al acercarse el desconocido procuró adoptar la más armónica de las actitudes y la más seductora de las sonrisas, mientras Gustavo penetraba temblando en el santuario de su diosa. ¿Por qué secretos arcanos del destino, el corazón de Lydia ya latía por él sin conocerlo?

Los ojos de ambos permanecieron fijos por unos instantes el uno en el otro; mirada soberanamente atractiva la de la artista, devotamente apasionada la del obrero, que no pudo sostenerla por mucho tiempo y bajó sus grandes ojos negros, medio ruborizado como una doncellita, mientras que Lydia continuaba el examen de su persona. Gustavo también se había acicalado lo mejor posible para ver a su ídolo, y dentro de la forzada modestia con que había de vestir, poseía cierta elegancia natural, una distinción innata que agradaba a Lydia; la cara se ha dicho muchas veces que es el espejo del alma y el semblante de Gustavo irradiaba una bondad, una inteligencia y una simpatía tal, que era una de estas personas que poseen el don de hacerse querer por cuantos les conocen, a todo lo cual unía una buena dosis de cultura y una gran modestia.

Lydia le invitó a que se sentara en una silla, y después de las triviales frases de cumplido, Lydia le dió las gracias por las flores enviadas el día de su beneficio.

—Es usted muy amable, señorita; mi pobre ofrenda no vale la pena.

—Pero ofrecida con buena voluntad se agradece tanto como la más rica. ¿Desde mucho tiempo es usted mi admirador?

—Hará unos dos años, desde antes de su *tournée* por América. Cuando se marchó a Ultramar, tuve un verdadero disgusto.

—¿Por qué?

—Por el tiempo que tardaría en verla trabajar. Después tenía un vivísimo interés en leer revistas americanas, para ver si hablaban de usted, y por una de ellas me enteré que le había ocurrido un accidente de automóvil.

—¡Ah! sí, en un barrio de los arrabales de Montevideo; fué bastante grave.

—Entonces me temí no verla más.

—¿Lo hubiera sentido usted mucho?—preguntó Lydia llena de audacia.

Gustavo no supo qué contestar: ¿la verdad?, imposible; si se atrevía a hablarle de amor, ella podría echarlo de su casa donde tan amablemente lo había recibido. Tras algunos instantes de embarazoso silencio, repuso ella:

—Lo hubiera sentido, ¿verdad? El dolor del prójimo siempre es sensible y usted se ve que tiene buenos sentimientos y excelente corazón.

—Sí, señorita y, aunque esté mal el decirlo, mis padres lo pregonan a cuatro vientos.

—Lo cual prueba que usted es un buen hijo. ¿Son muy ancianos sus padres?

—Sesenta y cinco años mi madre, y setenta el padre; no se casaron jóvenes y, además, vine al mundo cuando casi habían perdido la esperanza de tener hijos.

—¿Los mantiene usted con su trabajo?

—Casi, casi; mi padre tiene una pequeña pensión de guardapaseos retirado.

—¿Cómo no intentó también usted tener algún empleo en el Municipio?

—Porque siempre había tenido otros anhelos, otros ideales más altos que vivir de un pobre sueldo; sólo desde algún tiempo a esta patre me invade el pesimismo, el desencanto de la vida—y al decir esto el joven bajó los ojos al suelo, anonadado por la pena.

Lydia sonrió inmensamente complacida, ella y sólo ella era la causa de aquella pena. Por segunda vez las palabras de amor que exhalaba el corazón de Gustavo habían muerto a flor de labio sin atreverse a pronunciarlas, y Lydia que adivinaba los más recónditos pensamientos del joven, sentía en su alma una nueva y gratísima sensación de felicidad.

—¿Con qué medios contaba usted para realizar los ideales de que hablaba?

—En primer lugar con mi propio esfuerzo, con mis ahorros que, como hormiga, voy reuniendo, y en segundo lugar mi tío, que a la vez me es padrino, me quiere mucho y no tiene hijos y creo que me tenderá la mano cuando quiera establecerme.

—¿Es joven, ha de mantener a sus padres y tiene ahorros? Es usted una maravilla, estas cosas parecen incompatibles. Usted no frecuenta, seguramente, tantísimos sitios como hay en Barcelona de vicio y de placer, donde la juventud deja la salud y el oro.

—No, señorita; mi amor a mis padres lo pongo por encima de todo y además tengo en mucho aprecio mi salud. Mi vida se reduce: de la fundición al taller, de éste a la fundición, luego a casa y, como distracciones, a oirla cantar a usted algunas noches y a tomar de vez en cuando algún café.

Lydia, guiñando picarescamente un ojo, dijo:

—Vamos, vamos, que se olvida usted un detalle, interesante, interesantísimo, dígalo, hombre, con toda franqueza, ¿qué más?

—Nada más, es decir, sí, hago versos.

—¿Poeta?, razón de más para lo que yo quería referirme, estos versos deben estar dedicados a alguien.

Otra vez estuvo a punto de decirle que la quería, que la adoraba, pero no pudo. ¡Oh, invencible timidez!

La artista continuó:

—Tendrá usted su musa y al pintar su vida se habrá olvidado adrede el siguiente detalle: De la fundición al taller, de éste a la fundición, luego a casa, luego a esperar a la novia—y recalcó esta última frase con fuerza extraordinaria.

—¡Oh no, yo no tengo, no quiero, no puedo tener novia!

—¿Por qué? ¿Acaso todo el amor de su corazón es para una mujer que ingrata no le corresponde, o es que gime preso entre las garras de algún amor imposible?

—¡Oh, sí!

—¿Quién es ella?

—¡Usted!

La artista le abandonó sus manos blancas como lirios que el joven besó apasionadamente, mientras ella murmuraba...

—¡Versos!... ¡Poesía!... he aquí algo que no está en manos de los poderosos poder prodigar... don divino... dádiva de espíritus selectos... ¡Qué dicha!

V

Las rosas tienen espinas, nada hay más cierto. Después de saborear Gustavo, con deleite incomparable, el enloquecedor perfume de las edénicas y embriagadoras rosas de aquella noche de ventura, le punzaron las espinas de las discordias domésticas, tanto más crueles y molestas, cuanto que el joven no estaba acostumbrado a ellas.

Desde que había ido la doncella de Lydia con el recado de su señora, había dejado de reinar la paz en el tranquilo hogar de Gustavo, y las discordias culminaron en el punto máximo, cuando por primera vez en su vida había pasado una noche entera fuera de casa: la madre pasó la noche en claro y el joven la encontró convertida en una verdadera Magdalena; las maldiciones y los denuestos llovieron sobre él, precisamente cuando venía encantado de la vida, cantando el triunfo definitivo de una quimera imposible.

Desde aquel momento nació en él una nueva coquetería, un deseo de agradar, de no desmerecer al lado de Lydia, que forzosamente había de repercutir en los modestos ingresos domésticos, lo cual hacía poner a sus progenitores constantemente el grito en el cielo; a veces la madre se lo tomaba de otro modo y miraba si a fuerza de reflexiones lo podía llevar por el buen camino y apartarlo del lado de la víbora, pero mal va hacer reflexiones al amor.

—Cómo puedo renunciar a ella, si es el aire que respiro, si es la sangre de mis venas, si es el sol que me da vida... si es la fuente cristalina sin la cual me moriría de sed... sin ella el caos más horrible... con ella todo lo veo esplendoroso y bello... ella es la luz que todo lo ilumina... es la flor que perfuma mi vida...

—¡Dios mío! era un santo mi hijo y esta mujer le habrá dado alguna mala bebida para volverle el seso al revés y será nuestra ruina y la perdición de todos. ¡Qué desgracia tan terrible para el corazón de una madre ver

al adorado ser que ha llevado en sus entrañas envuelto en las redes de una pasión fatal! Tantas fatigas y sacrificios como me cuesta el hijo de mi corazón y verlo ciego y loco por una mujer de la que nada bueno se puede esperar... ¡Oh, es horrible!... ¡Horrible!...

A pesar de la tenaz oposición de los padres del joven, los enamorados cada día estaban más unidos y la pasión de Gustavo, cada día era más grande, terriblemente grande; espanto causaba a la pobre anciana, pensar lo que podría ocurrir a su hijo el día que la veleidosa artista le volviera la espalda, y lágrimas de fuego, cual lava candente, quemaban los ojos de aquella buena mujer, y de aquellas lágrimas era responsable Lydia, mujer también y de gran corazón en contra de lo que la anciana se creía... De Lydia se había murmurado mucho... pero mucho...; la vida de los grandes artistas, la fantasía se complace en envolverla en mil leyendas... y los padres de Gustavo se empeñaban en mirarla sólo bajo este prisma engañador.

Alrededor de Lydia poco a poco fué haciéndose el vacío, desde que tenía su nuevo «capricho» que la absorbía por completo; en su camerino ya no se reunía la espléndida concurrencia de otros tiempos, ya no frecuentaba reuniones mundanas ni se la veía en los restaurantes de lujo, alternando con senadores o marqueses. A todos parecía inconcebible que una mujer como aquella se entregara a un obrero.

—Obrera soy yo, obrera he sido siempre, somos iguales—exclamaba ella—. Lo mismo en mi más tierna mocedad, cuando con la máquina de coser luchaba inútilmente contra la miseria, que luego, cuando con las armas del arte he alcanzado la gloria, creo que pocas personas hay en el mundo que hayan trabajado más que yo.

En su camerino ya no había monumentales canastillas de flores, sólo la mano de Gustavo cuidaba que no faltase nunca un manojo de frescas flores, delante de su espejo, delicada imagen por su belleza y aroma de los encantos de su adorada; y con soberano desdén la artista despreciaba a quienes intentaban zaherirla con risas e ironías. Risas e ironías que no eran nacidas de otra cosa sino del despecho y de la envidia.

Del brazo con él paseaba el triunfo de su amor por todos los jardines, por todas las sendas de felicidad que hay en la vida, y Gustavo embriagado de dicha y de gloria por la dulcísima posesión de aquel tesoro en los brazos de Lydia, se encontraba largamente compensado de lo que le hacían sufrir sus padres. —¡Oh, bien vale la pena sufrir un poquito por la posesión de tantas mieles y ambrosías, que algunos meses atrás miraba como una cosa absolutamente imposible!—se decía.

En una plácida tarde en que la cabeza de Gustavo descansaba feliz en el regazo de la artista, y ésta acariciaba sus finos y ondulosos cabellos negros:

—No sé por qué me parece que no eres feliz del todo—le decía—. En tus ojos creo ver cruzar de vez en cuando una ligera nube de tristeza que los empaña, como tenues nubecillas empañan el límpido azul del cielo. De mí no tienes ninguna queja, ¿verdad?, yo no te doy motivo de ello, yo me he empeñado en que seas el hombre más feliz de la tierra. ¿Hay alguna tontería que te apena? Dímelo... te lo suplico...

—Preocupaciones tuyas. ¿Cómo no he de ser feliz?... Si eres mía... toda mía... y tú eres cuanto ambicionaba en la tierra.

—¿Eres feliz?... ¿Feliz del todo?...

—Sí, mujer, sí.

—Tú hasta ahora fuiste un chico modelo. La conducta que sigues ahora es algo distinta de la que seguías antes, acaso tus padres no...

—¡Qué perspicaz eres Lydia y cómo sabes leer por los ojos hasta el fondo de las almas! Sí, es verdad; me importunan, me molestan un poco, pero no les hago caso.

—¿No dijiste en nuestra primera conversación que ponías el amor a tus padres por encima de todo?

—Eso era antes, pero ahora te amo más a ti.

—¿Te martirizan mucho?

—¡Oh, no hablemos más de esto!

—Me odian, me execran, me maldicen... aunque tú me digas sólo a medias la verdad, yo la comprendo del todo: me creen el ángel malo, que me he cruzado en tu camino para tu perdición...

Y al decir esto quedó anonadada por la tristeza, sin que las caricias de Gustavo pudieran distraerla; ella siempre era odiada por los progenitores de sus amados.

Los padres de Gustavo la odiaban como la odiaron los de Enrique, y todos pusieron de su parte cuantos medios estaban a su alcance para destruir sus más preciadas ilusiones de mujer... Pero ahora el caso era muy distinto, ella era la poderosa, ella era la dueña del terreno.

—Hay que acabar con este estado de cosas, hay que definir la situación, para la tranquilidad de todos.

Gustavo la miró con infinita angustia. ¿Qué sentencia iba a salir de sus labios?... Fuera de ella no tenía otra solución que el suicidio.

—¿No has pensado nunca en el matrimonio?—le preguntó.

—¡Oh, sí, que más quisiera yo!

—¿Por qué no me has hablado nunca de ello?

—Por dignidad, porque a pesar de nuestro gran cariño hay diferencia social, hubieras podido creerme movido por el interés.

—¿Cómo hubiera podido creer eso de ti. Gustavo? Cuando en tu dolorosa soledad me dedicabas tus versos, aborrecías mis riquezas, era la muralla infranqueable que nos separaba; ahora en libre y espontánea donación de amor te lo ofrezco todo... ¿Quieres decir a tus padres si me aceptan por hija?...

Y el más puro y apasionado de los besos unió por largo rato las bocas de los amantes. Lydia, abrazada a su Gustavo, continuó hablando tan cerca de sus labios, que respiraba su aliento:

—¿Por qué he de continuar trabajando en el teatro? La gloria que ha llenado por completo mi corazón mientras no he sentido este cariño, me ha sido necesaria para alcanzar la fortuna, para labrar nuestra dicha. La misma gloria que tanto ha halagado mi vanidad durante algunos años, ahora para mí es una cosa mezquina, como mezquino es todo lo que no se relaciona con mi amor hacia ti; dejarla no me es ningún sacrificio, sino un placer, para dedicarme por entero a mi cariño y al dulce nido que fundaremos al calor de nuestro amor, centro de mis energías, única y verdadera gloria de mi vida: el ideal más puro y más grande, único de todo corazón de mujer es amar y verse amada, este es el magno poema del alma femenina y mi gloria de artista ya no será para mí más que el perfume de un recuerdo.

Algunos días más tarde las pulidas manos de la artista lucían una preciosa sortija, era la de prometida, modesta para una dama como ella, excesivamente costosa para Gustavo, la cual había costado un disgutazo con sus padres que, a pesar de todo, dudaban de la buena fe de la estrella.

VI

Hasta que Enrique hubo pisado tierra americana no se dió cuenta de la magnitud de su hazaña, que no tardó en calificarla él mismo de chiquillada.

Tenía puestas todas sus esperanzas en el hermano de uno de sus profesores que había marchado a América tres años antes, y tenía instalado un negocio que le marchaba muy bien; pero este hombre gran conocedor de las escasas cualidades de Enrique, se excusó de buscarle ninguna colocación y le aconsejó cuerdamente que pidiera perdón a sus padres y volviera a España.

Solo, en medio de un continente, ¿cómo encontrar tra-bajo?, mejor dicho, ¿cómo encontrar una colocación lo suficientemente productiva, para mantenerse él y reunir fondos con rapidez? Precisamente él, que no había trabajado nunca. Al encontrarse frente a frente con su situación se acobardó y como no se atrevía a escribir a sus padres pidiéndoles perdón, se encontraba en un callejón sin salida: —¡Oh, las mujeres!—se decía—, qué disparates hacen cometer a los hombres—. Pero la imagen de Margarita, se iba esfumando... esfumando... ¡Qué diferente se ve una belleza cuando está en otro continente!

Sin saber dónde ni cómo encaminar su vida, atormentado por los remordimientos que le ocasionaba la locura que había llevado a cabo, Enrique de Fuensanta se refugió en el repugnante vicio de la bebida y fué asiduo concurrente de todas las tabernuchas y dancings de los barrios bajos de Buenos Aires, donde además tomó afición al juego deseoso de ganar en golpes de suerte, lo que le era imposible ganar con la laboriosidad. Alguna vez le había salido proporción de trabajar, pero... —Esto no me gusta... —Esto no lo quiero... —Esto sólo en

de que uno no tuviera una perra..., etc., etc., etc.
El dinero que trajo de España se consumió rápidamente y el caso de no tener una perra, no se hizo esperar y entonces el hijo de los marqueses de Fuensanta entró como humilde obrero en las plantaciones de caña de azúcar de don Diego Mendoza, detestable señor, oriundo de España, que no tenía otro ideal que el de enriquecerse sin reparar en los medios; siendo, como es natural, sus inmediatas víctimas sus obreros, hombres por lo general desesperados de la vida, que para no morirse de hambre aceptaban trabajo en el Ingenio, a los que Mendoza trataba como verdaderos parias; negrero de carne blanca, desde él al último de sus capataces explotaban y humillaban al pobre, hasta el extremo de hacerle sufrir la ignominia del látigo. ¡Cuántas veces Enrique de Fuensanta con los puños crispados hacia sus verdugos clamaba sordamente: —¡Venganza! ¡Venganza! ¡Vengaza!, y esto era una obsesión de su cerebro. Ideó un plan: herir a Mendoza en lo más sensible de su dignidad: ultrajarlo en la persona de su hija... pero, ¿cómo ponerlo en práctica?... ¿Cómo acercarse a la vera de Mariquiya?...

Mariquiya Mendoza, no era querida ni odiada en el Ingenio, no era odiada, porque era inocente y buena y no era querida por ser hija de don Diego.

Mariquiya, como se la llamaba, acostumbraba a recorrer a caballo las vastas propiedades de su padre; un día sufrió una caída, y Enrique fué de los primeros en acudir en su auxilio: se había dislocado un pie. Despojada de la media y del zapatito, Enrique palpaba aquel pie blanco como una magnolia, para hacerse cargo de la lesión sufrida, pues el mozo, en el arreglo de huesos dislocados, había alcanzado suma habilidad y gozaba entre sus compañeros de cierta fama, por la frecuencia con que ocurrían estos casos a causa de los accidentes del trabajo. Mientras algunos obreros sujetaban fuertemente a María, para impedirle todo movimiento, Enrique le iba arreglando el pie, no sin ocasionarle grandes dolores, que le arrancaban estridentes gritos.

—Ya puedo decir que es mía—pensaba Enrique—, esto ha venido bien para entrar en relación con ella; ahora sólo hace falta saberse manejar un poco. ¡Qué boba

parece! Lo es mucho y dentro de nueve meses hay bautizo en el Ingenio.

Y se reía, saboreando de antemano su espléndido triunfo.

—¿Cómo se encuentra usted, Mariquita? — le decía algunos días después —. ¿Pudo andar pronto, verdad?

—Muy bien, tiene usted mucha habilidad para estas cosas, no fué necesaria la intervención del médico.

—Lo que sentí con toda mi alma fué hacerle padecer aquel rato. ¡Con cuánto gusto hubiera pasado aquellos dolores por usted!

El semblante virginal de María se tiñó de carmín ante aquellas palabras al mismo tiempo que miraba asombrada aquel obrero que de aquel modo se atrevía a hablarla.

—Sí, Mariquiya, sí; ese rubor de sus mejillas, indica que ha comprendido usted mis más íntimos sentimientos: yo la adoro porque es más bonita que las flores y deslumbra cual la luz. ¿Va a ser usted tan mala de dejarme sin recompensa por el servicio que le presté aunque yo sea un pobre?

Mariquiya buscó en el ramo que llevaba en sus brazos la más hermosa de las flores para ofrecerla al obrero, el cual besó la flor locamente.

—Mil gracias, la guardaré toda la vida, no se marchitará nunca para mí.

Y prosiguió con audacia:

—Agradezco muchísimo la flor, mucho más de lo que usted se figura, pero yo deseo ardientemente otra recompensa de usted; vamos, hablando claro: un beso.

La joven echóse atrás exhalando un grito de horror... ¿Un beso... ¿Había dicho un beso?... ¿Había entendido bien?... Dar un beso a un hombre estaba en pugna con la severísima educación que había recibido. Ante tal proposición hubiera huído de él como de una fiera, pero... no podía huir: aquel hombre era simpático, fuertemente simpático a pesar de su tosca indumentaria... ¡Pobre María! Su corazón, hermoso capullo, ya se abría en flor a los dulces latidos de la primera pasión y sólo pudo balbucir:

—Es pecado.

—No, niña, besar no es pecado; recuerde los besos de

amor de su santa madre y su padre en su juventud, por aquellos besos el angelito más bello del cielo vino a este mundo. Este angelito es usted. ¿Aquellos besos eran pecado?

—¡Oh, es muy distinto el caso, ellos se casaron y nosotros no podemos casarnos!

—¿Por qué?

—Porque papá no querría.

—Ha de saber usted, vida mía, que contra lo que parezco yo soy un marqués y allá en España tengo padres que son muy ricos.

Enrique enlazó audazmente con su brazo el talle de su víctima y paseando lentamente por las orillas de un riachuelo, que con el alegre sonido de su corriente cristalina parecía cantar al amor, María embriagada de dicha, saboreó la incomparable delicia del primer beso, de sus fatales amores.

Habiendo dado ya estos pasos preliminares, a Enrique le interesaba no perder tiempo, pues les acechaba continuamente el peligro de ser vistos, lo cual podía malograr sus planes y precisamente era María la que demostraba más temores y zozobras.

No era extraño en la amable María el trato con gentes humildes, pero... ¡un idilio!, de llegarse a sospechar eso, sería cosa gravísima dada la fiereza de su padre, y ella misma con su miedo inocentemente dió pie a Enrique para entrar en el terreno que él deseaba.

—Es muy comprometido, nena, entrevistarnos en el monte o en el campo; lo mismo puede vernos alguno de mis innumerables compañeros, que alguno de los fieros capataces; lo mejor es vernos en el misterio allí donde nadie pudiera sospechar...

—¡Ay, Enrique! ¿En qué forma acabará todo esto?

—Pues cómo ha de acabar, mujer. ¿No lo sabes tú de memoria? Casándonos, ya tengo pedida la documentación a España.

Y empezó una lucha tenaz para vencer los virginales escrúpulos del pudor de la doncella y ser recibido por las noches en su propia alcoba. La enamoradísima joven puesta ya en la pendiente, cual tierna paloma herida de amor ya no estaba en su mano defenderse de los ardides del gavilán y fué accediendo... accediendo... mientras

que en el rostro de Enrique se acentuaba la sonrisa de triunfo y con los puños cerrados mirando hacia el caserón de su amo, exclamaba:

—Ahora es ya un hecho mi venganza.

VII

El cura del Ingenio que ignoraba cuanto ocurría a la hija de don Diego, no obstante, creyó oportuno advertir a éste que su hija alternaba demasiado con los obreros, que los trataba con excesiva familiaridad, sobre todo desde que le había ocurrido el percance del pie.

—Tiene usted razón, Padre Zacarías; es impropio de una señorita, ella debería guardar la dignidad de su rango.

—Y además le odian a usted y no hay que fiarles mucho la hija.

Aquel mismo día Mendoza reprendió duramente a María.

—¿Te parece bien que la hija de don Diego hable con esta chusma? Con estos descamisados no debieras cambiar ni el saludo.

—¿Es que son de otra casta?—se atrevió a murmurar ardiendo en santa indignación la bondadosa joven—. ¿Acaso tú, papá, no fuiste obrero en tu juventud? ¿No es por ellos, que tú amontonas grandes riquezas?

Don Diego rugió como un tigre al oir tales reproches, y haciendo restallar el látigo con inusitada furia, hirió en la frente a su hija.

—Si vuelves a hablarles en tu vida, no hablarles, no, a sonreirles, a cambiar el saludo con ellos vas a acabar el resto de tu vida entre las cuatro paredes de un convento, si escapases con vida de la tunda de latigazos que te propinaría.

—¿Y si ellos me dirigen la palabra?

—Es tu deber no contestarles; conque quedas advertida. Eres ya una mujer y lo que se tendrá que hacer es buscarte un marido de nuestro temple: un hombre como el Padre Zacarías y yo, a fin de que no gobiernes nunca en el Ingenio. ¡Valiente desbarajuste reinaría, si con tus democracias llegases a gobernar aquí!

María, con su pañolito de batista, se secaba la línea de sangre que había trazado en su frente su padre. Apenas sentía aquel dolor físico tan pequeño comparado con sus grandes dolores morales. ¿Qué sería de ella? ¡Dios Santo! ¿Qué haría con ella su padre cuando se enterara que en sus entrañas germinaba un nuevo ser por obra de uno de sus despreciados trabajadores?

María casi no salía de sus habitaciones; por otra parte Enrique fuera por temor, fuera porque una vez satisfechos sus apetitos sensuales ya no le interesaba aquella mujer, ya no se personaba en su alcoba por las noches, parecía haberla olvidado... Malo o bueno, lo adoraba. ¡Pobre María!... Ella no tenía a nadie en la tierra a quien confiar su espantosa situación, la cual por otra parte ya no podía permanecer por más tiempo oculta; si su madre viviera... ¡Cómo comprende!... ¡Cómo perdona el abnegado amor maternal!... ¿A quién decir lo que le ocurría?... A Guadalupe, la más seria de las dos sirvientas... ¡Oh, no! ¡Qué vergüenza! ¿Al Padre Zacarías?... Lo miraba como un hombre ruin, el brazo derecho de su padre... Sin embargo, su desgracia necesitaba consuelos y no hallándolos en la tierra su fe pura los buscó en el cielo y fué cuando venciendo la antipatía que le inspiraba recurrió al amigo de su padre, sacerdote al fin, en busca de consejos y alientos.

Si el Padre Zacarías hubiese visto ante sus atónitos ojos hacerse añicos la montaña más alta de la tierra, si hubiese visto secarse los océanos, haciéndose visibles los recónditos misterios de las entrañas del mar, no hubiera quedado tan asombrado como ante la confesión de María. ¿Consejo? ¿Quién podía darlo en tan terrible trance y con el carácter de Mendoza? Este querría vengar en sangre la afrenta; si se tratase de otra clase de seductor podría intentarse un arreglo..., pero siendo uno de los trabajadores, el asunto era grave, gravísimo y sólo podía tener un trágico desenlace.

—Según me dijo, es un marqués—dijo la niña.

—¡Inocente! Mira que eres boba, creértelo todo de este sinvergüenza.

Sin saber qué hacer en aquel doloroso asunto, el Padre Zacarías llamó a Fuensanta, éste se presentó con aire altanero con una cínica sonrisa en los labios, todo lo cual

hacía salir de sus casillas al sacerdote, que con sumo gusto lo hubiera estrujado, deshecho entre sus uñas; su voz increpándole, amenazándole, parecía el trueno de una tempestad; en su mirada centelleaban relámpagos de ira, avivada por aquella burlona sonrisa de Enrique, que no se apagaba de sus labios. Estaba satisfechísimo; pues sabía que daba un disgusto terrible y se consideraba vengado él y todos sus desgraciados compañeros.

—Después de todo, Padre, no soy tan malo como viene a suponer—dijo en el colmo del aplomo—. Pues estoy dispuesto a devolver honra por honra casándome con Mariquiya.

—¡Casarte con Mariquiya! Eso querría tu codicia. ¡Con qué armas tan innobles has querido apoderarte de la fortuna de don Diego Mendoza! Pero yo le conozco y antes se revolcará en vuestra sangre, que dar el permiso para la boda.

—Pues no tiene usted más que decirle una cosa para evitar tan espantosa tragedia, que yo soy el marqués de Fuensanta y ya verá cómo pone otra cara.

—¿Tú, descamisado, tú eres marqués?—rugió el Padre Zacarías—. Encima de todo aun quieres burlarte de nosotros; estas patrañas nada más podías hacerlas creer a la infeliz.

—¡Soy marqués auténtico!

—¡Pruebas!

—Aquí no tengo ninguna, pero puede escribir a España a todas las señas que yo le daré y podrá comprobar si soy o no, el único hijo de los marqueses de Fuensanta.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos en el Ingenio, la fidelísima Margarita en España por Enrique, sufría... sufría... sufría...

Hasta que hubo reunido el Padre Zacarías todas las pruebas que acreditaban la autenticidad de la verdadera personalidad de Enrique, no se atrevió a dar a Mendoza aquel golpe terrible para el corazón de un padre.

Mendoza, con los ojos desencajados, en un arrebato terrible de ira y desesperación, cogió al Padre Zacarías por el cuello hundiéndole las uñas en la carne.

—Júreme usted que esto no es cierto... que mi hija es pura... ¿No puede jurármelo?... ¡Oh!...

Y tiró al sacerdote contra las losas del pavimento.

—Si usted no me respeta, don Diego—dijo levantándose y secándose la sangre que supuraba de los arañazos—. Si usted no me jura que sabrá refrenar sus nervios y escucharme sin maltrarme, abandonaré el asunto y allá se arreglarán ustedes, que yo no tengo ninguna culpa de cuanto ha sucedido.

—Estoy soñando... esto no es realidad... es una pesadilla... mi hija es honrada, sí, sí, sí...

De pronto una palidez mortal se extendió por su semblante y tambaleándose ebrio de dolor, se acercó al cura que retrocedió asustado.

—No se aparte, no tema nada, dígame: ¿quién es él?

—El marqués de Fuensanta.

—¿Cómo?— dijo Mendoza, creyendo que no había entendido bien.

—El marqués de Fuensanta—repitió el cura.

Mendoza hacía inauditos esfuerzos de memoria, para recordar si lo había oído nombrar alguna vez en su vida.

—Sosiéguese y escúcheme, don Diego; todo puede tener un buen arreglo:

«El joven Enrique de Fuensanta, hijo único y heredero de los marqueses de este mismo nombre, amaba allá en España a una mujer contra la voluntad de sus padres; por amor a esta mujer abandonó el hogar paterno y el suelo de la patria, vino a América a crearse una fortuna independientemente de la de sus padres, para llevar a cabo su sueño de felicidad con la mujer adorada. Ella le correspondió con la más negra ingratitud casándose con otro y olvidando a Enrique que por ella trabajaba y soñaba en América. Al saber la traición de la mujer, el desencanto y el desaliento se apoderaron de Enrique; su catástrofe moral repercutió en sus negocios, indiferente a todo sin tino en nada, se entregó a la desesperación... Un día le faltó un pedazo de pan para llevarse a la boca y aceptó trabajo en vuestro Ingenio, aquí conoció un ángel, vuestra María; hizo comparaciones entre ella y aquella mujer de España: una representaba la bondad, la otra la perfidia. Desde entonces odió a la infiel y adoró a María, que con el bálsamo de su más puro cariño, curó las llagas de aquel corazón que sangraba... luego vino todo lo demás, deplorable sí, ¡cosas de juventud,

don Diego!, pero todo se puede arreglar, ya que sólo depende del consentimiento de usted para que su hija sea marquesa de Fuensanta y sea legítimo el hijo que lleva en sus entrañas.

La falsa historia de la traición de Margarita había sido urdida por el propio Fuensanta, para justificar plenamente sus actos y no pasar a los ojos de aquellos hombres como un vil aventurero.

Don Diego Mendoza dió el consentimiento para la boda con la condición de que escribiera a sus padres intentando la reconciliación a fin de que no le desheredasen.

Enrique se casó sin amor y por pura conveniencia y una vez consumada la boda, se entregó a una vida de placeres y de holganza. Por la fácil conquista de la hija de su patrono, se creyó irresistible para las mujeres, despertándose en él un instinto tenoriesco, contribuyendo y no poco a fuerza de disgustos con sus infidelidades conyugales a la prematura muerte de María Mendoza que adoraba a su marido, mientras don Diego, maldecía, execraba al aventurero que había destruído la felicidad de su hija, pero Enrique se reía de estas maldiciones; pues los legítimos e indiscutibles derechos de heredera de la hijita, lo ponían a cubierto de que el suegro le hiciese una trastada.

Después de la muerte de sus padres vino a España por los asuntos de la herencia. En Barcelona al admirar a Lydia apeteció a la seductora artista, y al enterarse por los verdaderos nombres de la estrella y otras referencias que ella y aquella Margarita de sus primitivos amores, eran una misma persona incluso pensó en una boda, no porque en su alma quedase ni el más pequeño rastro de amor inextinguido, sino porque sería una boda digna de sus gustos aventureros, de ella hablaría la prensa de todo el mundo; pues Lydia había paseado el triunfo de su arte por los escenarios de todos los continentes.

VIII

Diez años después día por día en que la costurera de ropa blanca, con los ojos anegados en llanto y el corazón henchido de esperanza, viera partir una nave hacia

los mares del olvido, se estaba celebrando un gran festival benéfico, una de las últimas funciones en que tomaba parte Lydia. Estaba la sala abarrotada de público, el elemento popular predominaba en ella; la seguridad de que iban a perder a Lydia muy pronto, despertaba una locura por ella y una ardiente sed de aplaudirla, de ovacionarla; las localidades estaban tomadas desde algunos días antes y una multitud que no había cabido en el teatro, la esperaba en la calle para aplaudirla a la salida.

En uno de los intervalos del espectáculo, cuando Lydia se retiraba a su camerino ávida de descanso, encontró en él una hermosa niña, que hablaba con marcado acento americano y era portadora de un ramo de flores, una joya y una carta.

La artista besó compasivamente aquella pobre niña rica que no tenía madre y le regaló unos bombones, y a su padre le devolvió la joya y le escribió esta carta:

«Tu cariño fué débil y quebradizo como el cristal de ondas azules que arrastraba tu nave. En América se te presentó cómodamente la fortuna y aprovechaste la ocasión casándote sin amor, sacrificando mi cariño. Hoy viudo vienes a ofrecerme lo que no ha sido fruto de tu trabajo, de tus desvelos, de tu amor para conmigo. Tú no has luchado, yo sí, el que lucha es el que tiene derecho a elegir en tales casos. A ti con toda seguridad, sólo te atrae Lydia, la estrella que refulge y de haber permanecido en la obscuridad no te hubieras molestado en buscarme, asimismo crees que a mi vanidad de artista le hace falta tu blasón para decorar mi gloria. Te equivocas, has de saber que pronto voy a dejar la vida del teatro para casarme con quien no tiene más que un gran corazón para quererme y a dedicarme por entero a ser un modelo de esposas y de madres.

»Adiós para siempre.

»*Lydia.*»

Y tras haber entregado esta carta a la niña que estaba esperando, cogió la carta recibida de Enrique y haciéndola mil pedazos, la arrojó al suelo, exclamando: «Desdén por desdén».

Entretanto la niña tropezaba a fuera con Gustavo, que subía extremamente nervioso con un periódico en la mano.

—¿Quién eres, niña?—preguntó el obrero.

—Mariquiya de Fuensanta.

—¿Quién te ha entregado esa carta que llevas en la mano?

—La señorita Lydia.

—¿Para quién es?

—Para mi papá.

De su pecho se escapó un rugido y penetró como una tromba en el camerino de su amada:

—Tú has escrito una carta al marqués de Fuensanta.

Lydia al verlo de tal modo no pudo reprimir una exclamación de espanto.

—¿Eres brujo o adivino?—se limitó a contestar.

—No soy brujo ni adivino: estábamos jugando tranquilamente una partida de dominó con don Roberto, cuando se me ha ocurrido mirar el periódico, y aunque no leo nunca las «Notas de Sociedad», las he leído porque he tropezado con el nombre de Fuensanta, el nombre de tu primer amor—Lydia había explicado alguna vez a Gustavo este primer amor y los motivos que la llevaron a ser artista—. El párrafo decía lo que sigue: «El hijo de los marqueses de Fuensanta y su hija María, han venido a Barcelona para tomar posesión de la herencia y el título nobiliario, que por fallecimiento de sus padres le corresponde y probablemente fijarán su residencia en la Ciudad Condal.» Esta es la noticia que ha llenado de acíbar mi corazón, alarmado por un cruel presentimiento. Este hombre querrá continuar el idilio interrumpido por azares de la vida... querrá pasear del brazo con la estrella... y a fe que ni que me lo hubiesen jurado, hubiera podido sospechar que los acontecimientos se desarrollaran con tanta rapidez, pues al subir aquí tú ya le habías entregado una carta.

Lydia se acercó a él y cogiéndole por ambos brazos le preguntó:

—¿Qué piensas de mí?

—A ti francamente siempre te he mirado como a mi propia madre, pero ante la inmensidad del peligro...

—Eres un Otello. ¿Qué harías si alguien te disputase mi cariño?

—Eres mía y como a tal te defendería, nadie enlazará jamás con sus brazos este cuerpo que yo he estrechado tantas veces contra mi corazón, nadie estampará un beso en esta boca que yo he besado con delirio... para ello tendría que pasar por encima de mi cadáver...

Lydia complacidísima por aquellos celos, besó apasionadamente... largamente los labios de su Gustavo, y mirándose arrobada en sus ojos empezó a explicarle la escena con la niña...

—Si este marqués insistiera mucho, pusiera un tenaz empeño en arrebatarte mi cariño...

—Chocaría contra lo imposible, tú eres el único, tú.

—¡Vida mía!

—Mi vida eres tú.

Se separaron después de haber apurado la miel de nuevos besos. Lydia tenía que componerse para salir a escena otra vez.

—Marchándote nos has estropeado la partida y no hemos podido continuar el juego — dijo don Roberto—, miren que estos tortolitos no pueden estar separados ni dos minutos.

—Ahora la continuaremos—dijo Gustavo, sentándose.

La partida tenía lugar entre el empresario don Roberto Pinedo, Gustavo y los dos hermanos de Lydia, como mero entretenimiento mientras esperaban a la estrella.

IX

El éxito insuperable obtenido en aquel festival benéfico obligó a la empresa a repetir tan magna función ocho días después. Aquella noche los padres de Gustavo concurrieron al teatro. Gustavo tuvo ocasión de presentarles su gran amigo el empresario don Roberto Pinedo.

—Y me han nombrado nada menos padrino de boda, bien es verdad que a Lydia la quiero como a una hija y a su hijo también, mozos como éste no se encuentran, es la bondad en persona, entre nosotros hay una afinidad de carácter extraordinaria, los dos somos algo poetas y a veces nos pasamos la velada entera ideando versos y canciones. Yo también hacía buenos versos en mi juventud, incluso tengo una Oda premiada en unos Juegos Flora-

les... Con el permiso de ustedes voy a ver unos tortolitos que he dejado solos arrullándose...

Poco después volvió con la gentil pareja. Hizo las presentaciones:

—El señor Manuel y la señora Tomasa, padres de Gustavo. Mi hija Clara y su novio Antonio, hermano de Lydia.

En aquel momento apareció ésta, hermosa como una diosa y en sus divinos labios aquella dulce sonrisa de simpatía. Estaba en uno de los intervalos del trabajo.

—Ahí la tienen—dijo don Roberto—. Van a tener ustedes por nuera un ángel, yo la conozco desde muy pequeña, cuando aun vivían sus padres, vivíamos en la misma escalera, yo tenía en una habitación de la casa de huéspedes del piso principal, una modesta agencia artística. Cuando quedó huérfana sentí una verdadera compasión por ella y el día que le propuse ser artista por poco me pega. Por mí es artista, yo la lancé al camino de la gloria. De entonces a ahora, hemos subido de categoría y que todo lo hemos ganado a puño: yo soy empresario y ella es Lydia, la gran Lydia, la incomparable Lydia, nombre con que la bauticé yo, que como soy supersticioso y de lo cual no me avergüenzo, me pareció que este nombre exótico le había de traer suerte.

—Es verdad—dijo Lydia—este buen señor ha sido mi segundo padre, mi honrado protector toda la vida.

—¿Y el otro hermano de Lydia?—preguntó la señora Tomasa.

—Mi otro hermano se ha quedado en casa estudiando, pues mañana tiene exámenes y seguramente estudiará toda la noche. Son muy aprovechados mis hermanos.

—Ya que hoy tenemos la suerte de vernos reunida toda la familia, supongo que no desdeñarán de venirse a tomar conmigo después de la función unas copas de champagne.

Al terminar la función subieron todos en el lujoso automóvil de don Roberto, mientras Lydia recibía demostraciones de agrado y simpatía de parte del público que siempre la aguardaba a la salida.

Acomodados alrededor de una mesa de un distinguido dancing, hicieron chocar las copas a la salud de los futuros esposos.

—No hemos de ser egoístas—dijo Lydia—, no sólo hay que brindar por nosotros, se ha de brindar también por la felicidad de Clarita Pinedo y mi hermano Antonio.

—Y también se ha de brindar por los viejos—repuso picado don Roberto—, para que los padres de Gustavo y yo lleguemos a ser centenarios.

X

Lydia acababa de salir de su acostumbrado baño matinal,

—¿Has visto, Guadalupe?—dijo a la sirvienta—. Ya se han abierto los capullos del rosal.

—En esta casa florecen los rosales, cantan los pajaritos y todo sonríe porque usted está contenta.

—Guadalupe habla usted como poetisa.

—No se ría; y hablando de otro asunto, permítame que le haga una pregunta.

—¿Cuál?

—¿De qué conoce usted aquella niña que le trajo no ha muchas noches un ramo de flores?

—Es una historia muy larga de explicar. ¿La conoce usted?

—Sí, señorita, mas aguárdeme un poco que voy a servirle el desayuno.

Volvió Guadalupe con una bandeja en la que traía el desayuno de su amita, como cariñosamente la llamaba, y continuó:

—Así mientras usted come yo le iré explicando otra historia referente al papaíto de aquella niña. ¡Menudo sinvergüenza es y menudo bofetón le di cuando intentó propasarse!

—¿Dónde fué esto?

—En América, en el Ingenio de don Diego Mendoza, cerca de Buenos Aires; yo era la doncella de Mariquiya, su hija. Don Diego era muy malo, tenía la manía que los trabajadores no han de comer y que cada uno ha de trabajar como cuatro, sin embargo, algunos obtenían favores suyos y les hacía capataces, o porque tenían mal corazón y tratarían duramente a sus subordinados, o

porque tenían la mujer guapita y la dejaban tratar con don Diego, pero el destino le ha reservado un yerno, que para él ha sido una verdadera expiación; lo sensible fué que mi amita, que era más buena que el pan, lo pagó con la vida.

Guadalupe explicó a Lydia la deshonra de María y su boda con Enrique.

—Aquel granuja — continuó — que sus padres, según creo, arrojaron fuera de casa y fuera de España por mala cabeza, hizo seguir a Mariquiya después de su boda, un verdadero calvario; me buscó a mí, pero como no tengo la cabeza llena de pájaros, la emprendí a bofetones con él y si me hubiese importunado más le hubiera aplastado la cabeza. ¡Valiente gracia me hacía a mí aquel tío! Viendo que conmigo no había nada a hacer, buscó a la otra criadeja; más joven y más ligera de cascos y de tal modo llegaron a entenderse que yo resultaba una verdadera Celestina; no queriendo representar por más tiempo este papel advertí a don Diego, en vez de decírselo a mi amita, porque la pobre me daba lástima. Asunción fué despedida, pero el señorito le puso un piso en la ciudad y allí hacía frecuentísimos viajes, hasta que del asunto llegó a enterarse Mariquiya; no obstante esto, el señorito continuó con ella hasta que se cansó; entonces se lió con una mujer de cabaret, de estas artistas que ni saben lo que es arte, que canturrean tangos, fuman y beben y van a caza de «primos», de la cual pescó una sífilis más que regular, de la que hasta Mariquiya estuvo gravemente enferma. Entonces don Diego echó al señorito de casa.

—Continúe—dijo Lydia—me interesa esta historia.

—Anduvo por el mundo hecho un perdido, según rumores, incluso estuvo liado con gente del hampa y tuvo que ver con la policía. Aburrido y enfermo volvió al Ingenio, pero no a plena luz del día, sino en el misterio de la noche, trepó por el muro y saltó en la alcoba de María, como en aquellos tiempos en que iba a robarle la honra. Ella creyó de buena fe en su arrepentimiento y protegió a su marido, el cual comenzó una nueva vida; pues no salía sino del brazo con su esposa y con ella iba a la ciudad, donde entablaron gran amistad en un café con un matrimonio joven y sin hijos. El señorito es ca-

brita que tira al monte y un día huyó con la mujer, entonces el marido propuso a la señorita pagarles con la misma moneda, pero mi amita era una santa y lo desdeñó, volviendo desolada al Ingenio, donde falleció al poco tiempo consumida por las penas y la sífilis de su marido.

«Una vez muerta mi amita y la niña en un pensionado, yo no quise convivir con don Diego y el Padre Zacarías; fuí a servir a la ciudad, presentándoseme después una brillante colocación en una casa naviera, como camarera de buque. En una de las travesías caí gravemente enferma y desembarcada ingresé en el Hospital de la Santa Cruz de Barcelona, y aquí me quedé entrando después al servicio de usted. Mientras servía en Buenos Aires, por casualidad me enteré de que el señorito se dedicaba a toda clase de negocios sucios incluso, según se murmuraba, a la trata de blancas; iba elegantísimo y se le veía manejar dinero en abundancia y ya no he vuelto a saber nada más de él hasta el primero de mayo en que usted dedicó una función a los obreros para solemnizar la Fiesta del Trabajo; había un señorón en butacas que miraba insistentemente a usted con unos gemelos, después supe que hizo determinadas preguntas a la portera y yo le he explicado su historia para que esté usted al tanto, pues se trata de un sinvergüenza.

—Muchas gracias, Guadalupe.

—No deje usted a su prometido, no la seduzca un título de marquesa, pues aunque es meterme en lo que no me importa yo todo se lo digo para su bien, porque la aprecio; Gustavo, aunque pobre, vale más oro que pesa; la quiere mucho y es el hombre que le conviene.

—Sí y nuestra boda ha sido fijada definitivamente para dentro de tres o cuatro meses, que con lo atareadas que vamos a estar en los preparativos, nos pasarán veloces como un sueño—dijo Lydia sonriendo de dicha ante el próximo y feliz desenlace de sus amores.

rico Urales.—160. *La herencia robada*, de José Soler y Raventós.—161. *Bajo los cerezos*, de Angela Graupera.—162. *Sol en las cimas*, de Federica Montseny.—163. *El asedio*, de Ricardo Peña.—164. *¡Por fin un hombre!*, de Federico Urales.—165. *¡Me basto yo!*, de Regina Opisso.—166. *¿De quién eres tú?*, de A. Fernández Escobés.—167. *La celada*, de Ignacio Cornejo.—168. *El sueño de una noche de verano*, de Federica Montseny.—169. *Antes morir*, de Andrés Ramos Alvarado.—170. *La novia del loco*, de Diego Ramón.—171. *El secuestro de Andrea*, de Federico Urales.—172. *El hombre que perdió el alma*, de Mauro Bajatierra.—173. *Camino de amor*, de Angela Graupera.—174. *Delito de amor*, de Regina Opisso.—175. *El juego del amor y de la vida*, de Federica Montseny.—176. *Todo lo vence el amor*, de M. Noguerol y A. Romero.—177. *Una doncella en peligro*, de Federico Urales.—178. *El triunfo de la vida*, de Antonio Estévez.—179. *El hombre de los dos platos de sopa*, de Diego Ramón.—180. *Un héroe desconocido*, de Valentín Obac.—181. *La infinita sea*, de Federica Montseny.—182. *La hija del sepulturero*, de Diego R. Barbosa.—183. *La alegría del Ampurdán*, de Federico Urales.—184. *Recuerdos de Flora*, de Luis Pujades.—185. *Tú eres la dicha*, por Regina Opisso.—186. *Psiquis o la carne*, de A. Fernández Escobés.—187. *Femio el Aeda*, por Elías García.—188. *La moral de la gente bien*, por Angela Graupera.—189. *La voz de la sangre*, por Vicente Ballester.—190. *Sonata patética*, por Federica Montseny.—191. *El crepúsculo de la dicha*, por Fermín Campos.—192. *Los novios de Rosita*, por Federico Urales.—193. *La justicia de los montañeses*, por Mauro Bajatierra.—194. *La niña angelical*, por Diego Ramón.—195. *En plena luz*, por S. Beltrán.—196. *Amor heroico*, por Federico Urales.—197. *Glorias guerreras*, por Valentín Obac.—198. *Pasionaria*, por Federica Montseny.—199. *Cerebro y corazón*, por Ricardo Peña.—200. *El abismo*, por Angela Graupera.—201. *Trini, la Pura*, por A. Fernández Escobés.—202. *El caserío*, por Ventura Manceto.—203. *El milagro*, por Federico Urales.—204. *Avelina*, por Ponciano Alonso.—205. *El intruso*, por Juan Ferrer.—206. *Jhoas el errante*, por Elías García.—207. *Tú eres la vida*, por Federica Montseny.—208. *El amor que nace*, por Juan Martí Alcaraz.—209. *Tiberianos*, por Adrián del Valle.—210. *Katherina Feodorowna o el deber*, por A. Fernández Escobés.—211. *La peliculera*, por Diego Ramón.—212. *La sin ventura*, por Federico Urales.—213. *El castigo*, por Antonio Guardiola.—214. *Corazón de mujer*, por Angela Graupera.—215. *Corazones*, por J. M. Vilariño Guilló.—216. *El ocaso de los dioses*, por Federica Montseny.—217. *El fruto humano*, por Valentín Obac.

DE TODAS ESTAS NOVELAS
SE SIRVEN COLECCIONES

Precio de cada volumen : 15 céntimos